

Análisis de la Responsabilidad

Jesús Arroyo Lasa, S. J. (1)

El hombre es un ser social, lo que significa "ser comprometido con la sociedad". Este compromiso le viene por su libertad, que le convierte en responsable. Pero se "responde" a lo que se "interroga". La Interrogabilidad precede a la responsabilidad. La Interrogabilidad es factible por la emotividad; la segunda, por la afectividad. La Interrogabilidad-responsabilidad, se apoya, pues, en la emotividad-afectividad. Pero engendra, por su parte, y respectivamente, la autenticidad y ejemplaridad. De la total armonía de estos valores deducimos la salud psíquica. Finalmente, atenta contra esta integridad psíquica, una existencia en que se ha enajenado la propia responsabilidad por un vivir en servicio maquinal.

Tres dimensiones primarias se reconocen en el hombre: la primera es la concordia del aparato psíquico consigo mismo: relaciones de normalidad entre el inconsciente y la consciencia; integración hacia sí mismo. Después, tenemos la proyección de este Yo-personal sobre el ambiente específico, convirtiéndolo en un Yo-social, o, como dicen, en el "Nosotros". Finalmente, la pujanza interior —que ya no sólo no es individual sino que se ha socializado por la integración ambiental— se abre ante la transcendencia religiosa, el diálogo humano, totalitario, referencia vital al "Tú", a Dios. La salud psíquica está condicionada a la funcionalidad integradora de esta triple complejidad. De estas tres dimensiones, tomamos la segunda, bajo uno de sus innumerables aspectos: analizamos brevemente algunos factores concomitantes a la responsabilidad.

Así como el lenguaje típico, propio, del subconsciente es un lenguaje de "sinceridad", en la conciencia impera un valor psíquico que debe especificarla: es la responsabilidad. La conducta humana es realmente humana si es consciente: si es racional, afectiva y libre. El hombre posee actitud conductural porque, "poseído de sí", puede, como persona, "responder" al sentido de su vida. Es una diferencia radical con el animal.

La responsabilidad es provocada por la libertad. Pero este valor no actúa sino en tanto se de una jerarquía valoral que permita esa "posesión de sí": un orden psíquico en el que cada potencial anímico ocupe "solo" y "sólo" un puesto: en esta autoposición dentro de la jerarquía psíquica de los valores, se da la pri-

mera y más elemental condicionalidad de la responsabilidad, para que ésta sea significadora de la sociabilidad personal responsable.

A la vez garantiza la óptima disposición para esa responsabilidad como "conductora" del individuo por las calles de su sentido social de la existencia, es su carácter de respuesta personal a algo. Para que se comunique alguna respuesta, se supone una interrogación que acosa al ser humano. Al hombre le interrogan las cosas, las situaciones, el deber, la amistad, su pasado y su futuro, el éxito y las lágrimas, el mismo hombre, Dios. Quien se ha insensibilizado a estos factores de interrogabilidad —sea por pereza psíquica, o por mala educación, enfermedad, etc.— difícilmente podrá responder —responsabilizarse— según la objetividad que cada una de ellas demanda. No basta tener buena voluntad, buenas ideas, firmes decisiones; si está ausente el impacto psíquico de la "cosa" real en sí misma" imposible poder hablar de una responsabilidad integradora, única eficiente que garantice la salud psíquica. Sería un caso semejante al del médico que, con su mejor voluntad, quiere ayudar a su paciente, pero que no se ha "interrogado" sobre la situación "en sí misma" del mismo paciente. Luego, la interrogabilidad es condición insustituible para la integración en el ambiente real, por medio de la responsabilidad conductual.

¿Qué significa, en definitiva, la interrogabilidad? Ante todo es una forma de "estar-el-mundo-en-mí", así como la responsabilidad se distingue por "estar-para-el-mundo". Esto es la penetración del ambiente en uno mismo, para poder penetrar después, objetivamente, en ese mismo mundo que ha quedado "antropologizado". La interrogabilidad es también una forma de sintonía emocional: es factible esta "sensibilidad ambiental" porque tiene razones en el hombre para provocar tal sintonía: en sí mismo lleva tendencias con el mundo de los minerales, con el vegetal, animal, espiritual. Este multiforme parentesco le favorece cómodamente para lograr la "con-vivencia" de que se trata. Hay un modo de "movimiento cordial" por el cual se acomoda "pasivamente" en el hombre

(1) El Profesor Dr. Jesús Arroyo Lasa, explica Psicología en el Colegio Javier de Panamá. Es Diplomado en Psicología Aplicada, Psico diagnóstico y Psicología del Inconsciente por el "Innsbrucker Arbeitskreis für Tiefenpsychologie". Es miembro del "Wiener Arbeitskreis für Tiefenpsychologie".

un mundo específico: es la carga llamada emocional. La irrupción del mundo externo, real y específico, es un hecho que requiere la responsabilidad. En el espíritu humano así mundanizado, se fragua el análisis que prepara la sensibilidad social y que hemos llamado interrogabilidad.

Realizada esta abertura emocional al mundo de las cosas, de las situaciones y de los seres humanos, elucubrada la respuesta que a tales elementos debe ofrecer, es ahora posible una auténtica responsabilidad que coloque al individuo en lo real, que es sinónimo a eficacia y salud psíquica.

El fenómeno de la responsabilidad, si bien cualitativamente es una "puesta en libertad" de toda la conducta humana, exige, sin embargo, un agente motor extrínseco a ese "poner en libertad" de toda la persona, pues la libertad por sí misma y autónoma naturaleza, es "indiferente", que quiere decir "des-interés" para tomar por sí misma una orientación vital determinada. El agente inmediato que moviliza sin perturbar la "frialidad" de la libertad, es el afecto, el desplazamiento afectivo, es a saber, la proyección personal externalizadora que conecta el Yo-emocional con el Nosotros-social, con otras palabras, la conversión —sin peligro de despersonalización— del yo-individual en un nosotros-comunitario. De este modo, el "ser-responsable-en-el-mundo" se lleva a cabo con la misma sintonía cordial que el "ser-interrogado-por-el-mundo". Es pues el binomio base "emotividad-afectividad" el que garantiza éxito al otro de "interrogabilidad-responsabilidad".

De lo hasta aquí dicho, se concluye que la salud psíquica —que se ha de vivir "en sociedad"— es grave tópico nutrido de responsabilidad. Porque ¿no podríamos intuir en la salud psíquica la sintonía de lo personal individual-social sobre un orden jerárquico valoral, evolucionando sin cesar hacia una personalidad cada vez más integrada hacia sí misma, hacia la sociedad, hacia Dios? Y me pregunto, ¿sería un grave error definir la autenticidad psicológica, la personal individual, como un fenómeno de abierta interrogabilidad? Creo que no. Más aún; dudo que pueda darse ninguna forma perfecta de autenticidad personal descartando, de todas maneras, algún modo de mundanidad intrínseca; y resulta ser la interrogabilidad la forma más elemental de esta mundanidad. Porque si bien la autenticidad la comprendo como un fenómeno de unidad entre el subconsciente y la consciencia, en ningún caso es extranjera a estos componentes del aparato psíquico la presencia ininterrumpida del super-yo.

Pero sin querer restar importancia a la autenticidad, ¿sería legítimo detener en ella toda labor posterior de integración que postula la salud psíquica, simbolizada en la responsabilidad? Siendo el ser humano un exigitivo de la continuación objetiva de su natural individual

—interrogabilidad y autenticidad—, no le es fácil renunciar a situarse en el mundo. Como la interrogabilidad demanda la responsabilidad; como la interrogabilidad se circunscribe a la autenticidad, así esta última se verá prolongándose en un existir fuera de sí, en autenticidad, entre lo demás. Este desplazamiento de lo "auténtico" denomino ejemplaridad. La responsabilidad veraz exige ejemplaridad; pues lo "ejemplar" no es otra cosa que la potencia abierta en medio de la sociedad de lo que es vivienda auténtica en lo individual. La ejemplaridad sólo se hace inteligible si es responsable. Fuera de lo responsable, el ser humano auténtico no provoca "ejemplo social". Así, el hombre que sabe dejarse interrogar por las cosas y por las situaciones, por el hombre y por Dios es un hombre "auténtico" en el sentido que aquí doy a todos estos raciocinios. Aquel que responde a esa interrogación múltiple es "ejemplar". En ambos casos, se entiende fácilmente que se trata de un orden básico jerárquico y valoral. Por ello todo esto me lleva a identificar la autenticidad-ejemplaridad con la salud psíquica, y otro tanto digo de la interrogabilidad-responsabilidad.

Para finalizar este breve ensayo sobre la responsabilidad quiero hacer constar un último aspecto de la función ante la vida del hombre responsable que es auténtico y ejemplar. El hombre de nuestros días padece un atentado contra sí mismo que le lleva a privarse de sus mejores éxitos psíquicos: me refiero a la maquinaria que maneja la organización social moderna, la llamada "civilización". Creo que este hombre ha sido engañado "técnicamente". Este engaño consiste en una enajenación de la autenticidad-ejemplaridad, y por ende, de la interrogabilidad-responsabilidad, con base en la misma emocionalidad-afectividad. En otras palabras, es una regresión atentatoria de la salud psíquica del hombre actual.

En vez de encararse consigo mismo, con el mundo y con Dios, tal como he dejado escrito, se refugia en su pereza psíquica y ofrece su obediencia a la técnica: no tiende a hacerse, finalmente, responsable —con todo lo que esto supone de salud y personalidad—, sino que el materialismo maquinal moderno le supla en su conducta, confiando en ése los resultados aquellos que él debía sin duda adquirir por sí mismo y en colaboración con los demás. Queda, pues, evolutivamente, regresado. No estima más el sentido de la vida realizado por su esfuerzo, que el lograr sin dificultades aquellos requisitos con los cuales debe mantener el mínimo de "humanismo" en su conducta. Este hombre que ha renunciado a vivir de responsabilidad es el material humano mejor para reducir la vida a ciencias físico químicas, a botones, palancas, luces rojas, etc. Es el hombre deshumanizado que puede imponerse sobre el hombre libre y responsable. Es una negación del sentido de la vida humana.